

## XV

Nervioso y como trepidando á toda máquina, en marcha ya, como todos los que se disponen á partir, Gaussín está desde hace dos días en Marsella, donde Fanny debe acudir á reunírsele y embarcarse con él. Todo está arreglado, tomados los pasajes, dos camarotes de primera para el vicecónsul de Arica, que viaja con su cuñada: y hélo allí paseándose por los deslustrados ladrillos del cuarto de la fonda, sumido en la doble y febril espera de su querida y de la franquía.

Necesita andar y moverse en el mismo sitio, puesto que no se atreve á salir. La calle le molesta como á un criminal, como á un desertor; la calle marsellesa, embrollada y bulliciosa, donde le parece que á la vuelta de cada esquina van á presentársele su padre ó el anciano Bouche-

reau, y á echarle la mano encima para cogerlo y llevárselo.

Se encierra, come allí sin bajar á la mesa redonda, lee sin fijar la vista, se tiende en su cama, y distrae sus vagas siestas con el *Naufragio de La Perouse*, y la *Muerte del capitán Cook*, cuadros que cuelgan de las paredes, punteados de moscas, y pasa horas enteras apoyándose de codos en el balcón de madera carcomida, resguardado del sol por medio de una cortina amarilla, tan remendada como la vela de un barco de pesca.

Su fonda, «El hotel del joven Anacharsis», cuyo nombre, elegido al azar en el «Bottín», le gustó cuando acordó con Fanny el punto en que debía reunírsele, es una posada antigua, nada lujosa y menos limpia, pero que tiene vistas al puerto, en plena marina, en pleno viaje. Bajo sus ventanas hay cotorras, cacatúas, pájaros americanos de interminable gorjeo, todo un puesto al aire libre de un pajarero, cuyas jaulas amontonadas saludan el día naciente con rumores de selva virgen que cubren y dominan, á medida que el sol avanza, los ruidosos trabajos del puerto, reglamentados por la campa-

na mayor de Nuestra Señora de la Guarda.

Es una confusión de juramentos en todos los idiomas, gritos de bateleros, de cargadores, de vendedores de conchas; entre los martillazos de la dársena de carena, el chirrido de las poleas, el choque sonoro de las «romanas» que rebotan en el empedrado, las campanas de á bordo, silbidos de máquinas y rimados ruidos de bombas, cabrestantes, aguas de cala que se achica, vapor que se escapa, todo aquel estruendo duplicado y repercutido por el oleaje del inmediato mar, del que sale de vez en cuando el ronco mugido y la respiración de mónstruo marino de un gran vapor trasatlántico que toma el largo.

Y también los olores evocan tierras lejanas; muelles más asoleados y calientes que aquél: los bosques de sándalo y de campeche que se descargan, los limones, naranjas, pistachos, habas, cacahuets, cuyo acre olor se desprende, levantan torbellinos de exótico polvo en la atmósfera impregnada de agua salobre, de hierbas quemadas y de humeantes grasas de las *Cook-House*.

Al llegar la noche, acállanse estos rumores, y estas densidades del aire caen y se evaporan; y mientras Juan, tranquilizado por la sombra,

levanta la cortina, contempla el puerto dormido y negro bajo el entrecruzamiento de los mástiles, de las vergas, de los baupreses, cuando no rompe el silencio más que el chapoteo de un remo ó el ladrido lejano de un perro á bordo, y lejos, muy lejos, el faro de Planier proyecta, girando, una larga luz roja ó blanca que desgarrar la sombra, y muestra en rápido fulgor de relámpago siluetas de islas, de fuertes y de rocas. Y esta mirada luminosa, guiando millares de vidas en el horizonte, es también el viaje que le invita y le hace señas, le llama con la voz del viento, el oleaje de la pleamar y el ronco clamor de un *steamboat* que trepida y ruge siempre en algún punto de la bahía.

Aún faltan veinticuatro horas de espera: Fanny no vendrá á reunirse con él hasta el domingo. Estos tres días que se anticipó á la cita, debió pasarlos al lado de su familia, consagrarse á los bien amados seres, á quienes acaso no volverá á ver en muchos años; pero el mismo día de su llegada á Castelet, cuando supo su padre que estaba roto el concertado casamiento y cuando adivinó por qué causas, hubo una explicación violenta y terrible.

¿Qué somos? ¿Qué son nuestras afecciones más tiernas, las que están más cerca de nuestro corazón, cuando la cólera que surge entre dos seres de la misma carne, de la misma sangre, arranca, retuerce y se lleva su ternura; los sentimientos de la misma naturaleza, de raíces tan profundas y tan finas, con la violencia ciega, irresistible de uno de esos tifones de los mares de la China, de los que los más rudos marinos no se atreven á acordarse y dicen palideciendo: «No hablemos de eso...»

No hablará de ello nunca, pero se acordará toda su vida de aquella horrible escena en la terraza de Castelet, donde pasó su dichosa infancia ante aquel horizonte espléndido y sereno, aquellos pinos, aquellos mirtos, aquellos cipreses que se agrupaban inmóviles y estremecidos alrededor de la maldición paterna. Siempre verá á aquel anciano alto, de convulsas y movibles mejillas, yendo tras él con la boca llena de odio, la mirada de odio también, profiriendo palabras que no se perdonan, arrojándole de la casa y del honor: «¡Vete, márchate con tu pérdida, has muerto para nosotros!...» Y las gemelas gritando, arrastrándose de rodillas por la esca-

inata, pidiendo gracia para su hermano mayor, y la palidez de Divonne, sin una mirada, sin un adiós, mientras que allá arriba, detrás de los cristales, el dulce y ansioso rostro de la enferma interrogaba la razón de todo aquel ruido y la de que su Juan se fuera tan pronto y sin abrazarla.

Esta idea, la idea de que no había abrazado á su madre, hízole retroceder á la mitad del camino de Aviñón: dejó á Cesáreo con el carruaje en la parte baja del país, tomó por el atajo y entró en Castelet por las tapias como un ladrón. La noche era sombría: entorpecía su paso el muerto viñedo y acababa por no poder orientarse, buscando su casa en las tinieblas, extraño ya en ella. La blancura de las paredes enjabelgadas guiábale por fin con vago reflejo; pero estaba cerrada la puerta de la escalinata y apagadas todas las luces. ¿Llamar? No se atrevía por temor á su padre. Dos ó tres veces dió vuelta al edificio, esperando hallar la entrada de un postigo mal cerrado. La linterna de Divonne habíalo revisado todo, como todas las noches, y después de una espaciosa mirada al cuarto de su madre, el adiós de todo su corazón á la casa de su niñez, que también le rechazaba, huyó de-

esperado, con un remordimiento que ya no le abandona.

Generalmente para estas ausencias duraderas, y estas travesías al peligroso azar del mar y el viento, los parientes, los amigos, prolongan los adioses hasta el momento del embarque definitivo: pasan juntos el último día, se visita el buque, el camarote del viajero, con el objeto de seguirle mejor con la imaginación en su trayecto. Varias veces al día veía Juan pasar por delante de la fonda aquellos afectuosos acompañamientos, á veces nutridos y bulliciosos; pero le conmovió sobre todo un grupo de familia en el piso que estaba debajo del suyo. Un viejo, una vieja, gentes del campo, de aspecto acomodado, con chaqueta de paño y saya amarilla, han venido para acompañar á su hijo, y le asisten hasta la marcha del *paquebot*; y asomados á la ventana, en los ocios de la espera, véseles á los tres cogidos del brazo, en medio el marinero, muy juntos. No hablan, se abrazan.

Juan piensa, mirándolos, en la hermosa despedida que él hubiese tenido... Su padre, sus hermanitas, y apoyándose en él con dulce manotembiorosa aquélla á quien un buque en fran-

quía arrebatava su viva imaginación y su alma aventurera... ¡Sentimientos estériles! El crimen se ha consumado, su suerte está jugada, y no le resta más que partir y olvidar.

¡Qué lentas y crueles le parecieron las horas de la última noche! Daba vueltas a uno y otro lado en su lecho de posada; acechaba el día por los cristales de la ventana en los desvanecimientos lentos del negro al gris y luego al blanco del alba, en el que el faro dejaba aún una chispa roja que borraba la salida del sol.

Sólo entonces se durmió, despertándole de pronto la entrada de los rayos del sol en su cuarto, la chillería de las jaulas del pajarero, confundida con innumerables repiques de campana del domingo marsellés, esparciéndose por los anchurosos muelles, donde estaban todas las máquinas paradas, y en los mástiles flotando las oriflamas... ¡Ya son las diez! Y el expreso de París llega al medio día; vístese pronto para correr al encuentro de su querida: almorzarán enfrente del mar; luego les llevarán su equipaje á bordo y á las cinco, la señal de partida.

Un día maravilloso, un cielo profundo que recorren las gaviotas como manchas blancas, el

mar de un azul más oscuro, de un azul de Prusia, sobre el cual, en el horizonte, las velas, el humo, todo es visible, todo refleja y todo baila: y como canto natural de esas playas de sol con transparencias de atmósfera y agua, sueñan arpas bajo las ventanas de la fonda, y una canción italiana de facilidad divina, pero cuya nota, cogida y arrastrada por las cuerdas, excita cruelmente los nervios. Es más que música, es la traducción alada de esos regocijos del Mediodía, esas plenitudes de vida y de amor, henchidas hasta llegar al llanto. Y el recuerdo de Irene pasa en la melodía, vibrante y lloroso. ¡Qué lejos está!... ¡Qué hermoso país perdido, qué pena por todas aquellas cosas destrazadas, irreparables:

—¡Vamos!

En el umbral, al salir, encuentra Juan á un camarero: «Una carta para el señor Cónsul... Ha llegado esta mañana; pero como el señor Cónsul dormía tan profundamente...» Los viajeros de distinción son raros en la fonda del *Foven Anacharsis*: así es que los buenos de los marseleses á cada momento hacen sonar el título de su huésped... ¡Quién puede escribirle?

Nadie sabe dónde está, más que Fanny... Y mirando mejor el sobre, se aterra; lo comprende todo.

«¡Pues bien; no, yo no me voy; es una locura demasiado grande, y no me siento con fuerzas para llevarla á cabo! Para tales arrebatos, pobre amigo mío, es preciso la juventud, que ya no tengo yo, ó la ceguera de una pasión loca, que no tenemos ninguno de los dos. Hace cinco años, en los bellos días, una señal tuya me hubiera hecho seguirte al otro extremo de la tierra, porque no puedes negar que te he querido apasionadamente. Te he dado cuanto yo tenía; y cuando ha sido preciso arrancarme de tu lado, he sufrido como no sufrí nunca por ningún hombre. Pero semejante amor, créeme, gasta... ¡Verte tan hermoso, tan joven, temblar siempre, tener que defender tantas cosas!... Ahora ya no puedo, me has hecho vivir demasiado, y sufrir demasiado; estoy rendida.

»En estas condiciones, la perspectiva de ese gran viaje, de esa mudanza de existencia, me da miedo. ¡A mí, que me gusta tanto no moverme y que jamás fui más allá de Saint-Germain, figúrate tú! Luego, las mujeres envejecen muy pronto al sol, y no tendrías tú treinta años

cuando yo estaría ya amarillenta y arrugada, como mamá Pilar: entonces sí que me reprocharías tu sacrificio, y la pobre Fanny pagaría por todo el mundo. Escucha: hay un país de Oriente, y eso lo leí en tu colección de *Viajes alrededor del mundo*, donde, cuando una mujer engaña á su marido, la cosen viva con un gato dentro de una piel fresca de animal y luego dejan el envoltorio en la playa, donde chilla y salta en pleno sol. La mujer maúlla y el gato araña, y los dos se devoran, en tanto que la piel se reduce al irse secando y se estrecha sobre aquella horrible batalla de cautivos, hasta el último estertor, hasta la última palpitación del saco. Algo parecido á eso habría en el suplicio que nos esperaba viviendo juntos...»

Detúvose un minuto, abrumado, estúpido. El azul del mar brillaba hasta perderse de vista. *Addio!*... cantaban las arpas, á las que se unía una voz vibrante y apasionada como ella... *Addio!*... Y la nada de su vida destruida, aislada, llena de ruinas y de lágrimas, apareciósele segado el campo, la cosecha recogida sin esperanza de otra, todo ello hecho por esta mujer que se le escapaba...

«Hubiera debido decirte esto antes, pero no me atrevía, viéndote tan animado, tan resuelto. Tu exaltación me contagiaba; y además, la vanidad de la mujer, el orgullo muy natural de haberte reconquistado después de la ruptura. Sólo allá en lo íntimo de mi ser sentía yo que nada quedaba ya, que todo había concluído, que se había desmoronado. ¿Qué quieres?... después de tantas sacudidas... Y no te figures que sea por culpa de ese desdichado Flamant. Para él, como para tí y para los demás, esto se acabó, mi corazón ha muerto, pero queda ese niño, del cual no puedo desprenderme, y que me vuelve á llevar junto al padre, pobre hombre que se perdió por amor y vuelve á mí desde Mazas, tan ferviente y tierno como en nuestra primera entrevista. Figúrate que cuando nos volvimos á ver, pasó toda la noche llorando sobre mi hombro; ya ves que no tenías motivos para exaltarte...

»Ya te lo he dicho, mi querido niño; he amado demasiado: estoy quebrantada. Ahora, á mi vez, necesito que me amen, me mimen, me admiren y me mezcán. Aquél estará de rodillas, no me verá nunca arrugas ni canas; y si se casa

conmigo, como es su intento, yo seré la que le haré un favor. Compara... Sobre todo, nada de locuras. He tomado mis precauciones para que no puedas volverme á encontrar. Desde el cafetín de la estación donde te escribo, veo por entre los árboles la casa en que hemos pasado tan buenos y tan crueles ratos, y la tablilla que se balancea en el portal, esperando nuevos huéspedes... Ya eres libre; nunca oirás hablar de mí... Adiós; un beso, el último, en el cuello... dueño mío...»







